tante que bajo diversas fases se revolvía en su imaginación.

Luis tenía, entre otras, una buena cualidad: afición al estudio; siguiendo los impulsos de su corazón se decidió á cursar la carrera de las armas, marchando al efecto á Toledo, en donde existe una buena Academia Militar. Cuando lo conocí le faltaba un año de estudio para recibir el grado de Alférez, su familia lo mismo que la de su Carlota residía en Málaga y ambas estaban ligadas por los lazos de una vieja amistad. Las dos familias habitaban una misma casa cuando conocí á Luis en Cádiz.

Cuando hubo más intimidad entre nosotros, Luis me mostró un almohadoncito de seda bordado por su novia y que encerraba á manera de amuleto un rizo de rubios cabellos y un ramito de siemprevivas; lo usaba pendiente del cuello y lo besaba á menudo. Me enseñó también el anillo de prometido, pues quiso comprometerse antes de ir á cursar el último año de su carrera. Ya terminados sus estudios le esperaba un mundo de felicidad! Vino el otoño á poner fin á la temporada de baños, me despedí de aquellas buenas familias y regresé á mi provincia.

Grato recuerdo conservaba del año anterior y fuí otra vez á visitar á la reina de la Andalucía, ví á la familia de Carlota y les pregunté por Luis; me dijeron que pronto llegaría hecho todo un militar y que lo esperaban de un momento á otro: quería casarse allí donde se comprometió. A los cinco días de mi llegada, recibieron un telegrama de Luis en que les anunciaba su embarque en Málaga con rumbo á Cádiz. Como no hay más que dos días de navegación, se empezaron los preparativos para recibir al nuevo huésped, y sin embargo, hacía tres días que el parte estaba recibido y el viajero no llegaba; al cuarto día se recibió la noticia del naufragio de un vapor salido de Málaga.

Ese mismo día fuí á pasear por la playa en compañía de Antich y nos sorprendió encontrar un cadáver tendido sobre la arena, con el uniforme de Alférez efectivo; el rostro del náufrago estaba mutilado y el traje hecho girones, así es que era imposible reconocer á la víctima. Dimos parte á la autoridad y el cadáver fué conducido al Hospital General y expuesto al público; engrosaba el grupo de curiosos la familia de Carlota y el padre de Luis.

De pronto, Carlota abriéndoee campo entre los espectadores, se arroja sobre el muerto y lo estrecha con ansia entre sus brazos; queremos apartarla de aquel lugrr y es imposible pues tenía aquel cuerpo tenazmente asido y lo apretaba con fuerza; de pronto le aparta la ropa y quiere mirarle el pecho: los botones estaban arrancados y la camisa rasgada....“es él, me lo dice el corazón que quiere romper el pecho ....es mi prometido, mi esposo ante Dios.... y no está el almohadoncito pendiente de su cuello.....que tormento!” Al examinarlo con más detención observa que por entre los dedos de la mano derecha asoma el extremo de un cordón de seda: la mano es imposible abrirla, pero aquella débil mujer forcejea y al luchar con una fuerza muerta, en aquel momento superior á la viva, se baña su rostro de helado rocío, pero no cede, y al calor de su mano parece que se entreabre la del muerto.....un almohadoncito de seda aparece á nuestra vista.

Nos mira la pobre niña, de un modo siniestro y extraño; se acerca al cadáver, le toma una mano y volviéndose á nosotros nos dijo: “he dado el sí.....! ha de celebrarse nuestra boda .....!” y nos siguió mirando con la misma fijeza, pálida y resuelta: pero su mirada aterraba, daba frio, alzó de nuevo la voz pero muy alterada y exclamó: “no quiso que se mojara.... traed mi traje blanco y mi corona.....já já já que buen mozo!.....já já já.”

Aquel golpe tan cruel había trastornado á Carlota. En su locura esperaba ver realizada su boda. No había esperanza de que recuperara la razón.

¡Aquel ángel, llegando á la Felicidad, tropezó con la Desgracia y la recibió la Locura!

J. G.

Por inesperados eventos hube de suspender la relación de mis estudios, dejando en paz á los que me lean, que serán pocos; pero á guisa de importuno héteme de nuevo desenvolviendo los temas que apuntados llevo en hojas viejas recogidas al acaso y hoy útiles por demás, que si no nombro apuntes de cartera es que en mis bolsillos jamás útil de esta clase halló cabida y creo que no la halle nunca, puesto que si ellos están rotos no será por haber contenido el busto de ningún monarca.

Al domingo siguiente al anteriormente relatado, marché con mi hermano, que siempre complaciente y deseoso de mis adelantos, busca y rebusca tema para mis lecciones.

Entre las muchas y buenas relaciones que tiene Silvestre, que como he dicho le son muy útiles, cuéntanse algunas familias, diz que de alta y baja esfera social, y á visitar una me llevó.

Faltóme decir si era de alta ó baja sociedad; pero como veo que son de igual talla, modales muy parecidos é iguales necesidades, no puedo aún con tan poca práctica clasificar con acierto.

Sea como fuere, ello es que la tal reunión estaba compuesta así: una señora, que la creí madre; una señorita, que supuse hija y un joven que me pareció ser Espíritu Santo, y si tal supuse fué debido á que le ví como inspirando á la hija, quien gustosa oía sus rebelaciones y por añadidura para descompletar el trino congínito el Barbero Silvestre de nombre y el no menos de hechos humilde servidor vuestro.

Con detrimento de galanteador y galanteada ó inspirador é inspirada, comenzó una conversación, que á juicio de mi hermano diz que era amena y animada, pero que maldita gracia me hizo.

Dicen que el señor Ministro de..... ha sido repuesto por don N., dijo la señora. —Así es, aseguró mi hermano.—Y creo, objetó de nuevo la señora, que la nación ganará con este cambio, pues hijo, el tal hombre, según Dios me da á entender, era un pillo á carta cabal.

Esto de pillo y aquello de ganancia en el cambio me puso en el caso de hablar, poco más, poco menos, lo siguiente.

—Creo, señora, que tiene el hombre un período en su vida en que participa de la misma condición de ciertas mujeres, si bien con mayor detrimento en su honra.

Si me explicárais eso, dijo la señora.— Con el mayor gusto, conteste.—Cuando el hombre se hace á imitación de las mujeres, público, todos, grandes, pequeños, sabios y rústicos; todos digo, tienen el derecho de censura contra él, censura que siempre tiepor ojeto desvirtuar la conducta del que manda y creo más, creo que aunque le adornen las mejores virtudes y más relevantes dotes, no obsta para que al dejar el puesto salga como chupa de dómine; mientras que si bien es cierto que á la mujer pública también se critica ésta sólo es temporal. Con respecto al cambio me hace recordar aquello de Iriarte: “Con mudar de gobierno sólo muda de nombre de señor la pobre gente.”

Versó la conversación entre Silvestre y la señora madre, pues que la hija gustaba más de hablar y reir con el Espíritu Santo, sobre algunos puntos, que si mal no entiendo tendían no más que á cortar chalecos á los que por desgracia pasaban por aquella calle.

Entre otras, en dos cosas subió muy de punto mi estrañeza, primero: que en lugar alto y visible de la sala á guisa de alardeo religioso, veíase la bula de la santa cruzada, y segundo: que la murmuración aquí mencionada, producto de la viperina lengua de la santa matrona, ama de la aludida bula.— Pensé si esto sería lo que llaman: “A Dios amando y con el mazo dando.”

Cuando salimos de aquel lugar donde la murmuración parece tener sentados sus reales, pregunté á mi hermano, si sería verdad lo que pensaba, y él tan convencido como yó, me dijo ser verdad incontestable.

Por esa mañana abandoné á Sivestre y me retiré á mi inhabitable habitación á pasar el mal rato que en mi produjeron aquellas tan acerbas como tan injustas críticas, vicio tan detestable y ruin que creo ver en él el génio del mal representado en su más grotezcas formas, aunque cree mi hermano que sin crítica no hay buena sociedad.

Temiendo ser introducido en otra parte que pudiera producirme otro mal rato, esquivé la presencia de mi hermano por todo aquel día.

Ya oscureciendo me fuí á “La Puebla”, guiado por el deseo de ver algo nuevo. En aquel paseo dado en unión de un amigo, ví algo que parecía cosa de Espronceda, una difunta en un ataud, abierto por más señas, y cuatro velas que sobre ella lanzaban una luz macilenta y débil. Conocía bien á fondo los hechos de la que ya no era de este mundo, que no eran de los mejores y no obstante eran tantos y tales los elogios que de ella se hacian, que pensé me vendría muy de molde la muerte para que me dijeran: bueno y simpático, tal es la práctica de llamar bueno al que muere.

Entre tanto y á muy corta distancia una locuaz guitarra, un acordeón y otros más instrumentos, entonaban algunos sones que alegres y contentas bailaban muchas y bulliciosas parejas.

Aquellas que allí bailaban eran mujeres públicas y entonces creí más firmemente que nunca, que el hombre público está en peores condiciones que la mujer de igual calidad: esta está desposeída de todo sentimiento digno, mientras que aquel batalla en un deber y la honra; aquella da lo que tiene y es buena; éste lo que administra no puede dar y al que nada le da es un enemigo más; si muere algún notable, el hombre público lleva luto, la mujer pública baila como si nada pasara en torno suyo.

En estas y otras reflecciones llegué á casa y me puse hacer los preparativos del caso para ir á las fiestas de mi pueblo; es decir, á recoger hojas de papel y tarjar un lápiz.

Grullo.

LITERATURA.

EL Y ELLA.

—Calla, le dijo, y en sus labios puso
la suave yema de sus dedos rojos,
sin que lo digas tú, lo he comprendido
en la expresión de tus amantes ojos!

Ella de pronto retiró la mano,
como asustada de su amante exceso
y llena de vergüenza, pues el joven
le dió en sus dedos encendido beso.

Él, á su vez, quedóse como absorto
y ella, entre tanto, le esquivó los ojos;
y, ruborosa y tímida, mordíase
con secreto placer sus dedos rojos!

Ramón Mayorga Rivas.

(Nicaragüense.)

(Del libro titulado “Poesía Costellana”.)

GACETILLAS.

¡¡ Teatro !! ¡¡ Zarzuela !! Tales so
las exclamaciones que doquiera se escucha

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.